

# Religión, política y conflicto en el mundo musulmán

por **D. Antoni Segura i Mas**

*Conferencia pronunciada  
el 16 de abril de 2002*

Forum Deusto



## El conflicto de Palestina<sup>1</sup>

Antoni Segura i Mas\*

El 14 de mayo de 1948, la constitución del Estado de Israel daba inicio al conflicto abierto más largo del siglo xx y supuso, según Georges Corm, la implosión del Próximo Oriente.<sup>2</sup> El nuevo Estado, que fue rápidamente reconocido por EE.UU. y la URSS y admitido en la ONU, era el fruto envenenado de la ambigüedad política británica capaz de promover, al mismo tiempo, el establecimiento de una entidad árabe independiente al emir de La Meca, si se rebelaba contra Estambul (tarea de la que se encargó Lawrence de Arabia en 1915); y una patria judía en Palestina a la Comisión sionista de Londres (tal es el contenido de la declaración Balfour de 1917). El mandato británico de Palestina (1922) favoreció la inmigración judía pero fue incapaz de evitar el creciente

---

\* ANTONI SEGURA es Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Barcelona y Vicedirector de su Centro de Estudios Históricos Internacionales (CEHI). Ha publicado multitud de artículos y libros, entre los que cabe destacar *Història econòmica mundial i d'Espanya*; *El Magreb: del colonialismo al islamismo*; *El mundo actual. De la segunda Guerra Mundial a nuestros días*; *Más allá del Islam. Política y conflictos en el mundo musulmán actual*. Antoni Segura ha dirigido Cursos de Posgrado. También ha colaborado con diversas instituciones de ámbito nacional e internacional como el Centre d'Études Catalanes, Conseil de l'Europe, U.N.E.S.C.O., Ayuntamiento de Barcelona, Agencia Española de Cooperación Internacional, Fundación Ortega y Gasset, CIDOB, Intermón, etc. Es además colaborador habitual en la prensa.

<sup>1</sup> El texto que sigue es una versión ampliada y actualizada del que fue publicada bajo el título «El conflicto árabe-israelí» en *Hermes*, n.º 4, febrero de 2002: 12-20 y de «Israel y Palestina, entre la guerra y la paz» en José SARAMAGO, Noam CHOMSKY, James PETRAS, Edward W. SAID, Alberto PIRIS, Antoni SEGURA y Javier ORTIZ (prólogo y edición), *¡Palestina existe!*, Madrid, Foca, 2002:121-193.

<sup>2</sup> Georges CORM, *Le Proche-Orient éclaté, 1956-2000*, edición actualizada, París, Gallimard, 2001.

enfrentamiento entre árabes y judíos. Después de la Segunda Guerra Mundial, el descubrimiento del horror del Holocausto y el problema de los desplazados favorecieron la adopción de un Plan de Partición de Palestina en dos Estados, uno árabe y uno judío, aprobado por Naciones Unidas en 1947 (resolución 181) con el voto favorable de los países europeos, de EE.UU. y de la URSS, la abstención de Gran Bretaña y China y la oposición de los países musulmanes y la India. Finalmente, la creciente contestación de la presencia británica (en 1946 la organización clandestina Irgun de Menahem Begin, el *Irgun*, atentó contra el Hotel Rey David, sede de las fuerzas británicas, con el resultado de 91 muertos, en su mayoría árabes que trabajaban en el hotel) precipitó el final del mandato y la proclamación unilateral del Estado de Israel, que dio origen a la primera guerra árabe-israelí.

El 6 de enero de 1949, la mediación de la ONU ponía fin al conflicto. Israel controlaba un tercio más del territorio previsto en el Plan de Partición y se había completado lo que los palestinos denominan *a/Nakba* (el desastre), el desalojo de 531 localidades de población árabe y el traslado forzoso de unas 800.000 personas hacia Gaza, bajo administración egipcia, y Cisjordania, que fue anexionada por Jordania. **Era el origen de la cuestión de los refugiados**,<sup>3</sup> pues esas personas nunca pudieron volver a sus lugares de origen ya que sus casas y sus tierras fueron rápidamente ocupados por el alud de inmigrantes judíos que llegaron durante la guerra o inmediatamente después. En el nuevo Estado de Israel vivían unos 180.000 árabes y más de 700.000 judíos.

La consolidación del Estado de Israel intensificó la inmigración judía y, en sólo cuatro años (1948-1951), llegaron 690.000 inmigrantes procedentes de Europa del Este, del norte de África y de Turquía. La preocupación de los gobiernos laboristas de estos primeros años fue la integración de los inmigrantes, la consolidación de las instituciones y del sistema político parlamentario y, sobre todo, la creación de un ejército nacional (*Zahal*), que debía ser moderno y profesional; pero, al mismo tiempo, popular y altamente identificado con su pueblo para garantizar la integridad territorial de Israel con la ayuda de los soldados de leva y los reservistas.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> En la actualidad, sus descendientes ascienden a casi cuatro millones de personas que residen en Gaza, Cisjordania y los países árabes vecinos; la tercera parte todavía en campos de refugiados (Alain GRESH y Philippe REKACEWICZ, «Les cartes des négociations israélo-arabes», *Le Monde Diplomatique*. Febrero de 2000: 16-17).

<sup>4</sup> Los padres de la patria judía, David Ben Gurion, Levi Eshkol, Ben Zvi y Golda Meir, eran miembros fundadores del Partido Laborista (Mapai) y de la Federación

Las sucesivas guerras árabo-israelianas hicieron del Próximo Oriente una de las regiones más conflictivas del mundo. En 1956, en el contexto de la Guerra Fría, la presión de Estados Unidos y Gran Bretaña hizo que el Banco Mundial negara los créditos solicitados por Nasser para construir la presa de Asuan. El presidente egipcio procedió a nacionalizar el Canal de Suez, hasta entonces en manos de accionistas británicos y franceses. Fue la excusa que esgrimieron Londres y París para desencadenar, en octubre de 1956, una guerra donde la ocupación del Sinaí corrió a cargo de Israel. La mediación de la ONU puso fin a las operaciones bélicas (6 de noviembre), forzó la retirada de franceses y británicos y el repliegue del *Zahal* al este de la línea fijada por el armisticio de 1949, donde se interpusieron los cascos azules.

La figura de Nasser, impulsor del socialismo árabe, salió fortalecida porque se había enfrentado a las dos grandes potencias coloniales y a Israel, que, por primera vez, aparecía ante la opinión pública mundial como un país agresor, potencia militar de la región, y no como el resultado del tesón de un pueblo perseguido que, venciendo miles de dificultades, había logrado erigir un pequeño Estado socialista en Palestina. A partir de 1956, Tel Aviv verá con temor el surgimiento del Movimiento Nacional Palestino y de Al-Fatah (1959), embrión de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), la llegada al poder del partido Baas (socialista) en Siria (1963) e Iraq (1963 y 1968) y la aproximación a Moscú de sus vecinos árabes.

En 1967, Israel se convierte en el país agresor y desencadena una violenta ofensiva simultánea sobre diferentes frentes para interponer nuevos territorios entre los países árabes y el espacio vital de Israel. Fue la más rápida y efectiva de todas las guerras y, en cinco días, el *Zahal* ocupó la península del Sinaí, los Altos del Golán, Gaza, Cisjordania y Jerusalén Este. Se la llamó la *Guerra de los Seis Días*, que dio origen a una nueva diáspora palestina, que provocará tensiones en Jordania (Setiembre Negro de 1970, que culminó con la expulsión de la OLP de Jordania) y en el Líbano (implicación palestina en la Guerra Civil de 1975-1991), y a la **aparición de los territorios ocupados** (Gaza, Cisjordania y Jerusalén Este), donde residía la combativa población palestina de la diáspora de 1948-49. La ocupación de Gaza y Cisjordania contribuyó a desarrollar un sentimiento nacional palestino que, apoyándose, ora en las acciones armadas de la OLP, ora en la actitud pactista de las élites

---

Sindical (Histadruth). Hasta la década de los setenta, los gobiernos de Israel fueron laboristas.

políticas de los territorios ocupados, iba a introducir una nueva variable en el conflicto que enfrentaba a árabes y judíos, la variable palestina y su derecho a reivindicar un Estado propio frente a los intereses de los países árabes vecinos.

El 22 de noviembre de 1967, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas adoptaba la Resolución 242 que, si bien reconocía el derecho a la existencia del Estado de Israel sin mencionar ningún Estado palestino, denunciaba la adquisición de territorios por la fuerza, solicitaba la retirada de Israel de los territorios ocupados e instaba a solucionar la cuestión de los refugiados palestinos.<sup>5</sup>

Entre 1967 y 1973, las acciones de la OLP contra Israel y la tensa situación que vivía el mundo árabe a consecuencia de la expulsión de los palestinos de su tierra y de la permanencia de Israel en los territorios ocupados condujeron inexorablemente a la cuarta guerra árabe-israelí. Antes y durante la guerra, se produjeron algunos movimientos que conviene mencionar. El mundo árabe iba a la guerra sin el liderazgo indiscutible de Nasser, que había muerto en 1970, y Anuar Sadat, se mostraba deseoso de redefinir el papel de Egipto en el contexto de la Guerra Fría y de aproximar posturas con Washington. También en Siria se había producido un cambio de protagonista y Hafez el Assad se había hecho con el poder tras el golpe de Estado de noviembre 1970. Además, Damasco y El Cairo se habían propuesto coordinar sus esfuerzos para tener éxito en una futura guerra contra Israel y contaban, por primera vez, con la participación de otros países árabes, que enviaron contingentes simbólicos de fuerzas. La guerra permitió reanudar las relaciones diplomáticas de Ammán con Damasco y El Cairo, rotas a raíz de Setiembre Negro, aunque Hussein no era partidario de la guerra y sí de llegar a acuerdos con Israel y Estados Unidos. En cambio, la OLP no fue consultada por los países árabes implicados en el conflicto y sus dirigentes, aislados en los campos de refugiados del sur del Líbano, vieron pasar de largo la oportunidad de intervenir en una guerra abierta contra Israel. Por último, Israel disponía no sólo de un gran potencial

---

<sup>5</sup> Las dos versiones de la Resolución 242 introducen una ambigüedad que todavía hoy persiste. En la versión inglesa se dice que Israel deberá retirarse «from territories occupied», mientras que en la versión francesa se dice que deberá retirarse «des territoires occupés». Acogiéndose a esta diferencia la OLP considera que Israel debe retirarse de todos los territorios ocupados, mientras que Tel Aviv considera que es suficiente con retirarse de la mayor parte, pero no de la totalidad, de los territorios ocupados.

militar en armas convencionales sino que también podía recurrir a la disuasión nuclear.

El 6 de octubre de 1973, se inició la cuarta guerra árabe-israelí o del Yom Kippur (en Israel se celebraba la fiesta del día del perdón) o del Ramadán (en los países árabes coincidía con el mes del Ramadán). Los ejércitos de Egipto y Siria rompieron las hostilidades y, los primeros días, llevaron la iniciativa en el Sinaí y en los Altos del Golán. Sin embargo, a la semana de iniciado el conflicto, la contraofensiva israelí permite al *Zahal* recuperar las posiciones perdidas, traspasar el Canal de Suez y los Altos del Golán, amenazando El Cairo y Damasco. El 24 de octubre, todos los contendientes aceptaron el alto el fuego. Israel conservaba sus posiciones de 1967, pero los iniciales avances árabes habían demostrado que no era invencible y la nueva derrota dejaba en El Cairo y Damasco un regusto menos amargo que el de siete años antes. Además, la guerra había permitido a los países árabes utilizar el petróleo como arma política, provocando la primera crisis de los precios del petróleo, con lo que Arabia Saudí, el principal aliado árabe de Washington en la región, se imponía en el seno de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP).

A finales de los sesenta, Washington pretendía afianzar su hegemonía en el Próximo Oriente y obtener el reconocimiento de Israel por los países árabes. La resolución de la guerra de 1973 apunta en esa doble dirección. Los Acuerdos de Camp David (1978) sentaban el principio de paz a cambio de territorios (El Cairo recuperaba el control del Canal de Suez y la península del Sinaí e Israel obtenía la seguridad en sus fronteras occidentales), suponían la definitiva adscripción de Egipto a la política de Washington y el reconocimiento de Israel por el principal país árabe del momento.

Entre 1974 y 1984, la OLP hostigó hábilmente a Israel con un incremento de las acciones armadas y del terrorismo y con una política de presencia y reconocimiento en los organismos internacionales: en noviembre de 1974, Arafat es recibido triunfalmente en la ONU, que concede el estatuto de observadora a la organización palestina y se adopta una resolución que reafirma los derechos inalienables del pueblo palestino; en 1977, la CEE reconoce el derecho de los palestinos a tener una patria. Al mismo tiempo, en Cisjordania, se produce un movimiento favorable a participar en las elecciones municipales. En abril de 1976, el Frente Nacional, que agrupa a nacionalistas de izquierda, comunistas y simpatizantes de la OLP, obtiene el 75 % de los votos y 14 de las 23 alcaldías más importantes. Se trata, sin duda, de una decisión muy im-

portante que, una década más tarde, facilitará la reconversión política de la OLP y el protagonismo de los dirigentes del interior en la *Intifada* de 1987. Sin embargo, la expulsión de Arafat y de la OLP de Beirut en el verano de 1982 (posteriormente las falanges cristianas llevaron a cabo las masacres de Sabra y Chatila sin la oposición de Ariel Sharon, entonces ministro de Defensa de Israel) restó operatividad a la organización palestina, que vio peligrar su liderazgo político en Gaza y Cisjordania a medida que los islamistas moderados del Congreso Islámico (el futuro *Hamás*) de Ahmed Yassín se aprovechaban de la connivencia israelí y de la ayuda saudí para consolidar su presencia social e infiltrarse en el *Waqf* (la Administración de bienes religiosos), que controla una parte importante de la propiedad urbana, comercial y agraria en Gaza. Además, los atentados realizados fuera de Israel y la piratería aérea dañaban cada vez más la imagen de la central palestina. En 1987, la *Intifada* iba a dar un giro sin precedentes al conflicto.

La *Intifada* (*levantamiento* en árabe) era la consecuencia no deseada de la ocupación israelí. Sin duda, ésta había contribuido a mejorar la situación socioeconómica y laboral de los territorios ocupados. En cierta medida, la ocupación israelí y la ayuda exterior (sobre todo la que llegaba de la península arábiga) había forzado a la población palestina a entrar en la modernidad al precio de renunciar a la autoestima. La *Intifada* surge tras veinte años de ocupación, cuando muchos jóvenes no conocen otra cosa que la opresión israelí y han perdido el miedo de sus padres y abuelos, vencidos de todas las guerras y olvidados por los países árabes vecinos que sólo buscan sus propios intereses. Es una nueva generación con estudios pero sin futuro. Además, desde mediados de los ochenta, el retraimiento del mercado del petróleo había hecho disminuir la ayuda destinada por los países del Golfo a la población palestina, «mientras se desarrollaba la colonización judía en los territorios [ocupados] —encorajada por la llegada de inmigrantes de Rusia— e Israel imponía numerosos obstáculos al desarrollo económico y a toda inversión que amenazaran con consolidar la afirmación de una entidad palestina».<sup>6</sup>

Para Tel Aviv, la *Intifada* se convirtió en una pesadilla porque la imagen que dio Israel al reprimir violentamente las primeras manifestaciones fue la de Goliat intentado aplastar a David: soldados armados hasta los dientes con los medios militares más modernos y sofisticados se enfrentaban a mujeres y niños que sólo disponían de palos y piedras.

---

<sup>6</sup> Gilles KEPPEL, *Jihad. Expansion et déclin de l'islamisme*, París, Gallimard, 2000: 160.



Los dirigentes palestinos de los territorios ocupados muy pronto fueron conscientes de que, a pesar de las víctimas, estaban ganando la batalla mediática, sobre todo, cuando una imagen, que reflejaba perfectamente la brutalidad y la desigualdad del enfrentamiento, dio la vuelta al mundo. Tal como recuerda Joan Roura, «la captó un equipo de la cadena de televisión norteamericana CBS en un descampado a finales de febrero de 1988: un soldado israelí aguanta el brazo estirado de un joven palestino con el codo hacia arriba. Otro militar, con una piedra, le golpea repetidamente la articulación hasta que el codo cede y el brazo se dobla al revés. La cara de dolor del joven es difícil de olvidar».<sup>7</sup>

Yasser Arafat también comprendió que la imagen que transmitía la *Intifada* era, a nivel internacional e incluso en los Estados Unidos, una poderosa arma mediática contra Israel y que la OLP debía responder rápidamente a las peticiones de liderazgo político que formulaban los dirigentes políticos del interior, que eran conscientes de que la organización y movilización política de los territorios ocupados precisaba, para ser totalmente efectiva e incidir en la escena internacional, del aparato propagandístico y de los recursos de la OLP en el exterior. De lo contrario, los islamistas de *Hamás*, muy implantados en Gaza donde habían aportado algunos de los principales líderes y mártires de la *Intifada*, podían hacerse con el movimiento y dar al traste con décadas de lucha política de la OLP y de las elites políticas de los territorios por conseguir la liberación de los mismos y consolidar un Estado palestino moderno, laico (al menos para *Al-Fatah* y los grupos situados a su izquierda) y democrático. La entente entre dirigentes del interior y del exilio (OLP) frente a Israel y *Hamás* era el paso necesario para abrir la puerta al principio de paz a cambio de territorios. Arafat y algunos de los principales dirigentes de la OLP entendieron que dicha alianza les brindaba una oportunidad única para avanzar en sus objetivos finales que no eran otros que la instauración de un Estado palestino y que eso pasaba, necesariamente, como hacía años que preconizaban las élites del interior, por establecer negociaciones con Israel y llegar a un acuerdo avalado por Estados Unidos y la comunidad internacional. Es, en este contexto, que toman plenamente sentido las declaraciones del Consejo Nacional Palestino y de la OLP de noviembre de 1988, proclamando el Estado palestino y renunciando a la lucha armada y aceptando las resoluciones 181 y 242 de la ONU, respectivamente.

---

<sup>7</sup> Joan ROURA, *El complot dels intransigents*, Barcelona, Edicions La Magrana, 1998: 131.

Sin embargo, fue necesaria una nueva guerra, la Guerra del Golfo (1991) en la que no participó Israel, para hacer posible, bajo los auspicios de Washington, la Conferencia de Paz de Madrid (octubre de 1991), los Acuerdos de Oslo (firmados en Washington en setiembre de 1993) y la Declaración de Washington (julio de 1994), que supusieron el reconocimiento de Israel por la Autoridad Nacional Palestina (ANP) y Jordania y el establecimiento de un régimen de autonomía limitada en Gaza y en gran parte de Cisjordania, es decir, soberanía palestina sobre las principales ciudades de población palestina (no se cumplió en Hebrón), soberanía compartida en las poblaciones rurales de población palestina (el *Tsahal* podía intervenir si creía amenazada la seguridad de Israel) y soberanía de Israel en el territorio restante (incluido el valle del Jordán).

A pesar de las acciones terroristas de uno y otro signo (los atentados de *Hamás* y la *Yihad islámica*, las acciones de *Hezbollah*, la masacre de Hebrón —febrero de 1994—) el Proceso de Paz se desarrolló a buen ritmo en los primeros años: mayo de 1994, firma en El Cairo del acuerdo Gaza-Jericó, que permitió el regreso de la OLP y de Yaser Arafat a Palestina (julio); setiembre de 1995, firma en Washington del Acuerdo de Oslo II, que regulaba y ampliaba la autonomía palestina; enero de 1996, victoria electoral de Arafat y de Fatah. Sin embargo, el asesinato de Yitzhak Rabin (4 de noviembre de 1995), la desafortunada intervención de Simon Peres en el Líbano (abril de 1996) y la victoria del Likud (mayo de 1996) asestaron un duro golpe al Proceso de Paz. Con Benjamin Netanyahu, muy sensible a la presión de los colonos, que ampliaron sus enclaves en Hebrón y en Jerusalén Este, y de los grupos religiosos ultraconservadores, las crisis (túnel de los asmoneos, setiembre de 1996; Hebrón, enero-febrero de 1997; nuevo barrio judío de Har Homa en Jerusalén Este, febrero-abril de 1997; etc.) se sucedieron hasta bloquear el Proceso de Paz y la violencia reapareció en Jerusalén y los territorios ocupados. En octubre de 1998, la presión europea y norteamericana permite firmar el Memorándum de Wye Plantation. La base de la negociación fue seguridad a cambio de territorios. La ANP se comprometía a luchar contra el terrorismo y el gobierno de Israel a retirar su ejército y transferir a la ANP el control (pleno o mixto) de hasta el 40 % de Cisjordania. Además, ambas partes proseguirían las negociaciones sobre el Estatuto final con el objetivo de alcanzar un acuerdo definitivo antes del 4 de mayo de 1999.

Un mes después, el Gobierno de Tel Aviv suspendía, unilateralmente, la aplicación de los acuerdos de Wye Plantation, pero, la presión in-

ternacional fuerza Arafat a no declarar la independencia de Palestina el 4 de mayo de 1999 y a esperar los resultados de las elecciones israelíes para ultimar, en el plazo de un año, las negociaciones sobre el Estatuto final de Cisjordania y Gaza. El 17 de mayo de 1999, el partido laborista obtiene una ajustada victoria sobre el Likud y Ehud Barak, que ha prometido la retirada del Líbano, la firma del Estatuto final y la aprobación de una Constitución, aventaja en 12 puntos a Netanyahu (el 56 % contra el 44 % de los votos). Parece que el camino de la paz, por fin, está libre de obstáculos y que las intenciones del nuevo gobierno, que se apoya sobre un frágil equilibrio de alianzas parlamentarias, son alcanzar un acuerdo con Yasser Arafat en el menor espacio de tiempo posible. Sin embargo, a medida que avanzan las negociaciones con los palestinos, Barak va perdiendo apoyos en el Parlamento israelí y es duramente criticado —cuando no acusado de traición— por la oposición conservadora y los grupos ultrarreligiosos.

En julio de 2000, tienen lugar las largas conversaciones de Camp David que, contra todo pronóstico, se saldan con un fracaso. Yasser Arafat pospone de nuevo la declaración de independencia del Estado palestino prevista para el 13 de setiembre de 2000. La decepción entre la población palestina es evidente, pero el temor de las partes a cerrar un acuerdo definitivo, que ya no tendrá posibilidades de rectificarse, también. En Camp David, en julio de 2000, casi todo estaba cerrado, pero, cuando más cerca se estuvo de la paz, más se alejó ésta por la falta de acuerdo sobre dos cuestiones fundamentales y de gran importancia ante la opinión pública palestina e israelí: la soberanía sobre Jerusalén-Este y el derecho al retorno de los refugiados. Tampoco en Taba (enero de 2001) consiguieron cerrarse un acuerdo definitivo.

Y en eso, el 28 de setiembre de 2000, llegó Ariel Sharon, que con su provocadora visita a la Explanada de las Mezquitas (*Haram Al Sharif*) rompió el proceso de paz y dio el pretexto para una segunda *Intifada*, la *Intifada de Al-Aqsa*. Sucedió pocos días después de que Barak anunciara que estaba dispuesto a considerar algún tipo de soberanía internacional (posiblemente de la ONU) sobre el Monte del Templo, la soberanía palestina sobre Jerusalén Este y una doble capitalidad para la ciudad. Con su visita, Sharon indicaba claramente su oposición a tales concesiones y hacia el gesto que esperaban del partido conservador los miles de colonos judíos que viven en los asentamientos (ilegales porque incumplen las resoluciones de la ONU) de Jerusalén Este, la parte árabe de la ciudad. Había empezado el descenso a los infiernos de Barak, que envió el ejército a reprimir brutalmente a los manifestantes palestinos,

alimentando la *Intifada de Al-Aqsa* y generando temor e inseguridad entre la población israelí y frustración y desánimo entre la población palestina que veía alejarse, una vez más, el momento de la proclamación de la independencia del Estado palestino. Barak no supo hacer frente a la provocación de Sharon y cavó su propia derrota.

La *Intifada de Al-Aqsa* se extendió rápidamente a Gaza y Cisjordania. La participación en la revuelta de círculos políticos y militares próximos a Arafat fue el argumento utilizado por Tel Aviv para justificar la dura y desproporcionada respuesta del *Zahal* y de la policía israelí. Quizás Arafat especuló con una revuelta que se le escapó de las manos y no faltaron voces que reclamaron la declaración del Estado palestino aprovechando la confusión y las condenas internacionales contra la actuación del *Zahal*: la escena del padre que intentaba proteger en vano la vida de su hijo de doce años, abatido por las balas israelíes, dio la vuelta al mundo e hizo retroceder bruscamente la imagen de Israel. También la participación de la policía palestina en el linchamiento de dos soldados israelíes tuvo un fuerte impacto negativo sobre la opinión pública internacional.

El día 7 de febrero del 2001 Israel se miró al espejo y vio la cara, terrible, de Sharon. Ariel Sharon venció porque perdió Barak, faltó del apoyo de los partidos árabes, de los sectores progresistas del laborismo y de los grupos de izquierdas, que se abstuvieron y que no consiguió la paz en un último y forzado intento contra reloj propiciado por la mediación europea: negociaciones Taba, enero de 2001. Ariel Sharon venció porque prometió mano dura y seguridad argumentos siempre sensibles a los oídos de los militantes del Likud, de los partidos de la derecha y de los ultraortodoxos más intransigentes y, sobre todo, del millón de judíos llegados de Rusia en la década de los noventa y de los cientos de miles de colonos asentados en los territorios ocupados.

El responsable de las masacres de Sabra y Chatila supo sacar partido de la crisis abierta por los criminales atentados del 11 de setiembre de 2001 y, fiel a su reputación, intensificó las acciones del ejército y las operaciones selectivas —verdadero terrorismo de Estado—<sup>8</sup> contra dirigentes de la *Intifada* y de las organizaciones radicales palestinas, conculcando brutalmente los acuerdos de 1993 y posteriores porque el *Tsahal* no dudó en invadir zonas de clara y plena soberanía palestina

---

<sup>8</sup> Rosa REGAS, «Terrorismo de Estado, el verdadero terrorismo», *El Mundo*, 29 de enero de 2002.

(Belén, Ramallah, Nablús...) y en utilizar armas de combate, misiles y helicópteros, contra la población civil. El posicionamiento de la administración Bush contra los grupos extremistas palestinos y la «tibieza» de Arafat dio alas a Sharon. Sin embargo, las víctimas inocentes de la revuelta y la frustración de la población palestina alimentaron los argumentos de los grupos políticos más intransigentes con el proceso de paz, como *Hamás*, la *Yihad islámica* y *Hezbollah*, y provocaron la radicalización de los sectores laicos de la OLP y de los frentes, que además vieron cómo «operaciones selectivas» eliminaban a algunos de sus más destacados dirigentes.<sup>9</sup> La violencia generó una creciente inseguridad en las dos comunidades y, en Israel, redujo el apoyo a los grupos partidarios de la paz (laboristas, *Meretz*, Paz Ahora). La violencia se extendió a las ciudades y localidades de Israel con un fuerte contingente de población árabe (Nazaret, Jaffa, Haifa, Acre...), lo que supuso para Tel Aviv una grave preocupación interna y un factor potencial de desestabilización futura.<sup>10</sup> De hecho y en contra de las promesas de Sharon, la extensión de la *Intifada* y de la violencia en forma de atentados suicidas generó más inseguridad que nunca.

La falta de proyecto político del partido Laborista, que se dividió entre los partidarios de participar en el Gobierno y los de mantenerse en la oposición parlamentaria, la poca agilidad política de Arafat para prever las consecuencias de la victoria de Sharon, las acciones terroris-

---

<sup>9</sup> El Frente Popular por la Liberación de Palestina (FPLP), fundado en 1967 por el cristiano palestino Georges Habache. De orientación pronasserista en su origen, adoptó el marxismo leninismo a principios de los setenta. Entre 1968 y 1984, llevó a cabo sus acciones más sangrientas: secuestros de aviones y autobuses, matanza en el aeropuerto de Lod, etc. Opuesto a Camp David, a Oslo y a cualquier aproximación a Israel, en 1999, pactó con la OLP para no debilitar la causa palestina. El Frente Democrático de Liberación de Palestina (FDLP) surgió de una escisión del FPLP protagonizada por Nayef Hawatmeh, nacido en Jordania en el seno de una familia grecoortodoxa, disconforme con las acciones de piratería aérea. De orientación marxista mantuvo contactos con militantes del PC de Israel y fue el primer partido palestino partidario de la coexistencia de un Estado palestino con Israel. Los dos frentes se han revitalizado con la *Intifada de Al-Aqsa* (María Dolores MASANA, «FPLP y FDLP, dos históricos contra Israel», *La Vanguardia*, 9 de setiembre de 2001).

<sup>10</sup> En Israel viven casi un millón (970.000) de árabes palestinos (en su mayoría musulmanes, pero también católicos y ortodoxos) que tienen la ciudadanía israelí. Son en torno al 20% de la población, votan en las elecciones y tienen representantes en el Parlamento, tradicionalmente aliados de los laboristas. Son objeto de una fuerte discriminación y la brutalidad con que está actuando el *Zahal* ha provocado su movilización en favor de la causa palestina.

tas de *Hamás* y la *Jihad Islámica* y la política de dureza emprendida por el nuevo Gobierno de Unidad Nacional, del que formaban parte algunos miembros del partido Laborista (Simon Peres en Asuntos Exteriores y Benjamin Ben-Eliezer en Defensa, entre otros) contribuyeron a impulsar una escalada de la violencia en Israel y en los Territorios Ocupados sin precedentes desde las guerras de 1948 y de 1967. A lo largo del año 2001, las acciones armadas contra el *Tsahal*, los atentados terroristas y la proliferación de los hombres y mujeres bomba, la respuesta desproporcionada del *Tsahal*, que contraviniendo las disposiciones internacionales utiliza métodos de guerra sucia o terrorismo de Estado como la eliminación sistemática de dirigentes de grupos radicales o terroristas palestinos mediante ataques con helicópteros o misiles guiados que causan un gran número de víctimas colaterales (27 de agosto, Abu Ali Mustafá, líder del Frente Popular de Liberación de Palestina, es alcanzado en Ramalla por dos misiles israelíes; 23 de noviembre, el coche de Mahmud Abu Hunud, líder del brazo armado de *Hamás*, es destruido en Nablus por varios misiles lanzados desde un helicóptero del *Tsahal*), el cerco o el hostigamiento a las ciudades palestinas con helicópteros, aviones y carros de combate, las incursiones del *Tsahal* en zonas que, según los Acuerdos de Oslo, estaban bajo control total de la ANP (la primera tuvo lugar en Ramalla el 31 de marzo), los enfrentamientos entre miembros de las fuerzas de seguridad palestinas y unidades del *Tsahal*, la reanudación de las acciones armadas de *Hezbollah* en el sur del Líbano contra las posiciones israelíes (14 de abril, ataque contra las granjas de Chebaa) y de las incursiones aéreas de Israel en el Líbano (16 de abril, ataque a la estación radar de Dahr-el-Baidar, al este de Beirut) condujeron, inexorablemente, a la pendiente de una guerra sin frentes y con un solo ejército regular.

La inseguridad, el miedo, la criminalización del «otro», el odio y la sed de venganza prenden entre israelíes y palestinos. Se rompen todos los puentes y vías de diálogo. Los «alto el fuego» apenas duran horas y el informe de la Comisión presidida por el ex-senador George J. Mitchell (mayo de 2001), que recomienda poner fin a la violencia, restablecer las medidas de confianza y reemprender las negociaciones, nunca tendrá oportunidad de aplicarse porque nadie es capaz de parar la escalada de la violencia. La misma suerte correrá el Plan elaborado por el director de la CIA, George Tenet, para restablecer la paz en la zona (junio de 2001). Todo es inútil, porque se impone, en suma, de nuevo el discurso de la guerra, que va a tener unos efectos devastadores a partir del 11 de setiembre. Además, la muerte en Kuwait (31 de mayo de 2001) de un ataque al corazón de Faisal al Hussein, hijo de Abd el

Kader el Husseini, héroe de la primera guerra árabe israelí, deja a la ANP sin una de sus voces políticas más autorizadas y clarividentes.

Los atentados del 11 de setiembre añadieron más leña al fuego en el conflicto palestino-israelí. Ariel Sharon emprendió una campaña militar a gran escala y de destrucción sistemática de los principales enclaves e infraestructuras de la ANP en Gaza y Cisjordania pagados con las inversiones europeas. Entre mayo de 2001 y principios de enero de 2002 —y especialmente entre octubre y diciembre— el *Tsahal* volatilizó 13.851.000 euros de impuestos de los ciudadanos europeos, que habían sido destinados a financiar aeropuertos, puertos, escuelas, plantas de reciclaje, proyectos agrícolas, etc. en Gaza y Cisjordania. Y, sin embargo, lo peor estaba todavía por llegar.

En diciembre de 2001, Ariel Sharon rompe cualquier contacto con la ANP y confina a Arafat, a quien acusa de connivencia con los grupos terroristas palestinos, en Ramalla. Ciertamente, el 2001 fue un año sangriento para israelíes y palestinos y, a 31 de diciembre, el total de víctimas desde que dio comienzo la Intifada superaba las 1.120 personas, tres cuartas partes de la cuales eran palestinas y una cuarta parte israelíes. En las últimas décadas, nunca la sociedad israelí ha vivido tan insegura, y la política militar de Sharon y los atentados terroristas de los grupos radicales palestinos se alimentan mutuamente. En medio de esta espiral de violencia, de poco o nada sirvió la mediación europea y norteamericana, porque Ariel Sharon iba mucho más lejos y tenía su propia meta: expulsar a los palestinos de los territorios ocupados o someterlos a un nuevo régimen de ocupación que anulará los pocos logros obtenidos en los Acuerdos de Oslo. Y así, Ariel Sharon se dedicó a desmontar pieza a pieza el complicado puzzle conseguido tras diez años de negociaciones palestino-israelíes.

Con el pretexto del terrorismo, que es hijo de la frustración y del fanatismo de los grupos radicales confessionales palestinos, Sharon declaró la guerra al pueblo palestino y quiso llevar sus objetivos a las últimas consecuencias: la anulación política de Yasir Arafat, que no consiguió en 1982, y la sumisión del pueblo palestino condenado a renunciar a un verdadero Estado y a vivir perpetuamente en los bantustanes de un régimen de *apartheid*. El sueño de los militantes de los partidos más ultraortodoxos, que nunca han renunciado a construir el Gran Israel, y, presumiblemente, de Sharon sería una Cisjordania sin palestinos, porque el viejo líder del Likud ambiciona la tierra, pero le sobran sus habitantes que, sin embargo, son imprescindibles, como mano de obra barata, para la economía de Israel.

En febrero de 2002, se produjo un recrudecimiento del conflicto y el *Tsahal*, en la mayor ofensiva desde el comienzo de la Intifada de Al Aqsa, atacó por tierra, mar y aire edificios y enclaves de la ANP. Nuevos intentos de negociaciones palestino-israelíes terminaron sin acuerdos. Los atentados de los militantes suicidas de los grupos radicales palestinos siembran el terror en Israel y las acciones del *Tsahal* siembran el terror en los territorios ocupados. La espiral de violencia alcanza cotas inimaginables dejando un balance de víctimas sin precedentes. En la primera semana de marzo hay 108 víctimas (31 israelíes y 77 palestinos). El día 8 de marzo un nuevo atentado y la consiguiente reacción del *Tsahal* causan 46 muertos (40 palestinos y seis israelíes). Es la semana más violenta desde el comienzo de la Intifada que se había cobrado ya 1.324 víctimas (1.005 palestinos y 319 israelíes). Finalmente, el 10 de marzo, el *Tsahal* lanza un ataque a gran escala contra la ANP. Ariel Sharon optaba por la solución militar y por el aislamiento de Yasir Arafat. El conflicto entra en una fase de descontrol que puede amenazar la estabilidad de la región.

La Comunidad Internacional respondió el 13 de marzo con la aprobación de la Resolución 1397 de Naciones Unidas, que ante la escalada del conflicto exige «el cese inmediato de todos los actos de violencia, comprendidos todos los actos de terror y todas las provocaciones, incitaciones y destrucciones», recuerda a las partes «la necesidad de respetar las normas universalmente reconocidas del derecho internacional humanitario», las conmina «a poner fin a la violencia y a retomar el proceso de paz» y a cooperar «en la puesta en marcha del Plan Tenet y de las recomendaciones del informe Mitchell». Políticamente, la resolución tiene una gran trascendencia porque por primera vez se cita expresamente la instauración de un Estado palestino («una región en la que dos Estados, Israel y Palestina, vivan uno al lado del otro, en el interior de fronteras reconocidas y seguras»), retomando así la filosofía del Plan de Partición de Naciones Unidas (Resolución 181) de 1947, que abogaba por la creación en Palestina de dos «Estados independientes árabe y judío».

Casi al mismo tiempo, se daba a conocer la iniciativa de paz del príncipe heredero saudí, que goza del beneplácito de Estados Unidos y de la ONU y que, el 28 de marzo, fue aprobada por la cumbre de la Liga Árabe reunida en Beirut. A dicha cumbre no pudo asistir Arafat sitiado en Ramalla por el Ejército de Israel. En síntesis, el Plan saudí proponía la retirada completa de los territorios árabes ocupados por Israel desde 1967 en cumplimiento de las Resoluciones 242, 338 y 1397 de



la ONU, pedía la solución del tema de los refugiados de acuerdo con la Resolución 194 de Naciones Unidas y solicitaba a Israel que aceptara la creación de un Estado palestino independiente en Cisjordania y Gaza con capital en Jerusalén a cambio del reconocimiento del Estado de Israel por los países árabes y del establecimiento de relaciones diplomáticas normales en el contexto de una paz justa y global en la región.

Todo fue inútil. El día 28 de marzo, un nuevo atentado palestino provoca 20 muertos en un hotel de Netania y el día 31 otro atentado 15 muertos más en un restaurante de Haifa. La violencia de los grupos terroristas palestinos no cesaba y Ariel Sharon lleva hasta sus últimas consecuencias la solución militar. El 29 de marzo, el ejército de Israel ocupa Ramalla, aísla (cortando la luz, el agua y el contacto con el exterior) a Yasir Arafat en las dependencias del complejo presidencial de Al Mokata y, en los días siguientes, ocupa las principales ciudades palestinas. Había empezado la operación Muro Defensivo.

El bombardeo de casas y barrios enteros, las ejecuciones sobre el terreno de un tiro en la cabeza de miembros de las fuerzas de policía palestina, los asesinatos indiscriminados en Ramalla, las detenciones masivas de varones de entre 15 y 55 años, las torturas infringidas a jóvenes y menores palestinos en los centros de interrogatorio (Informe John Dugard, relator especial de la ONU para los territorios ocupados), etc., provocan una lluvia de críticas en la opinión pública internacional, que acusó al ejército de Sharon de crímenes de guerra y de terrorismo de Estado. El *Tsahal*, que antaño fue definido como un ejército popular al servicio de la libertad y la democracia en Israel, perdía sus últimas migajas de dignidad en la guerra sucia (asesinatos indiscriminados, negación de asistencia médica a los heridos, destrucción de viviendas, utilización de escudos humanos, etc.) que libra en las ciudades palestinas de Cisjordania.

El 10 de abril de 2002, Estados Unidos, la UE, Rusia y la ONU firman la denominada Declaración de Madrid, que instaba al primer ministro Ariel Sharon a poner fin a la reocupación de Gaza y Cisjordania y a Yasir Arafat a combatir el terrorismo. Sin embargo, la mediación internacional y del mismo secretario de Estado norteamericano Colin Powell no consiguieron parar la reocupación de las ciudades palestinas de Cisjordania. El punto culminante se alcanzó en Jenín, denominada la ciudad de los mártires porque casi la mitad de los terroristas suicidas procedían de allí, donde el *Tsahal* dispuso de todos los medios a su alcance desde el 3 de abril para vencer la resistencia de los combatientes palestinos. Tras ocho días de intensos combates, en los que el *Tsahal* utilizó

carros de combate, helicópteros, aviones y bulldozers para derribar las casas, el centro del campamento de refugiados quedó totalmente destruido y, ante la negativa del Ejército israelí de dejar entrar a la Cruz y a la Media Luna Rojas, a las organizaciones humanitarias y a la prensa, mucha gente llegó a la convicción moral de que en Jenín se había producido una verdadera masacre. Tardará en saberse de cierto qué sucedió en Jenín y cuál fue el verdadero número de víctimas —se acusó al *Tsahal* de enterrar a los muertos en fosas comunes o de llevárselos para enterrarlos en otros lugares— porque la misión creada para esclarecer los hechos, en virtud de la Resolución 1405 de Naciones Unidas del 20 de abril, tuvo que disolverse antes de empezar sus actuaciones ante la negativa de Sharon de permitirle el acceso a Jenín. Otra resolución del Consejo de Seguridad que Israel incumplía.

A finales de abril, Sharon dio orden al Ejército israelí de retirarse de algunas ciudades palestinas. Las críticas recibidas por lo sucedido en Jenín habían sido muy duras, aunque la Comunidad Internacional se mostró incapaz de imponer a Ariel Sharon sus condiciones y obligarlo a retirarse de Cisjordania antes de que el Ejército de Israel arrasara el campamento de refugiados de Jenín, el centro histórico de Nablus y de otras ciudades palestinas. Paralelamente, la ANP juzgaba a los responsables del asesinato del Ministro de Turismo de Israel, que eran entregados para su custodia, mientras cumplieran condena, a expertos militares estadounidenses y británicos. El 1 de mayo se levantaba el cerco a Arafat y los carros de combate israelíes se retiraban de Ramalla. El sitio había durado 34 días y el cerco casi seis meses. En los días siguientes se llegó también a un acuerdo que, el 10 de mayo, puso fin al asedio a la Basílica de la Natividad de Belén donde se habían refugiados algunos combatientes palestinos. Era el fin de la operación Muro Defensivo.

Sin duda, en aquellos momentos —hoy, tras revalidar Sharon su mayoría en las elecciones de enero de 2003, la situación es todavía mucho peor— la paz parecía más lejos que nunca frente a una creciente despreocupación internacional por la suerte de Arafat, sometido a una verdadera operación de acoso y derribo político, y de la población palestina de los territorios ocupados. Y es que la crisis reveló las dificultades —por no decir la imposibilidad— del proceso de paz emprendido en Madrid en 1991:

1. El Estado palestino resultante de los Acuerdos de Oslo, sin continuidad territorial, sin frontera con Jordania y con los *by pass* (carreteras de uso exclusivo que unen entre sí y con Israel los asentamientos de los colonos judíos) que lo trocean, resul-

ta inviable e inaceptable. No hace mucho, en Sudáfrica, una situación similar recibía el nombre de política de *apartheid* y, en este caso, las ciudades y las localidades palestinas serían los bantustanes.<sup>11</sup>

2. También era inaceptable el último Plan propuesto por Bill Clinton (diciembre de 2000) porque, a pesar de comprender casi el 95 % de Cisjordania, seguía dividiendo el Estado palestino en tres cantones y el Jerusalén palestino en un número de islotes desconectados los unos de los otros como del resto de Palestina». <sup>12</sup> Sólo en Taba (enero de 2001) llegó a perfilarse, por primera y única vez, un Estado palestino viable. Además, los recursos de agua y toda la frontera con Jordania quedaban en poder de Israel.
3. La soberanía de Jerusalén Este se reveló como otro de los obstáculos insalvables, no tanto por el simbolismo religioso y la administración de los lugares sagrados como por el resultado de la política de colonización llevada a cabo por Israel desde que ocupó Jerusalén Este en 1967. Como en el resto de Cisjordania, el verdadero problema político son los colonos que se niegan a abandonar sus asentamientos y también a acatar una futura autoridad palestina en la parte este de la ciudad.<sup>13</sup>
4. Para Israel, aparte del tema de la seguridad, uno de las principales cuestiones a resolver es el de los 400.000 colonos repartidos entre Gaza (6.500), Cisjordania (200.000) y Jerusalén Este (180.000), que deberían abandonar los asentamientos si se aplicaran íntegramente las resoluciones 242 (1967) y 338 (1973) del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.
5. El derecho al retorno de los refugiados de 1948 y sus descendientes, que queda bien explicitado en las resoluciones de Naciones Unidas. En la actualidad serían casi cuatro millones. Para la ANP su derecho genérico al retorno es irrenunciable. Israel estaría dispuesto a negociar compensaciones económicas y un número muy limitado de retornos por cuestiones humanitarias, pero se opone totalmente a reconocer y aceptar el derecho al

---

<sup>11</sup> Alain GRESH, «Paix piégée en Palestine» en *Conflits Fin de siècle*. París, *Manière de voir* (Le Monde Diplomatique), n. 29, 1996: 64.

<sup>12</sup> Dominique VIDAL, «Leçons d'une Intifada» en *Atlas 2001 conflits*. París, *Manière de voir* (Le Monde Diplomatique), n. 55, 2001: 63.

<sup>13</sup> Sobre Jerusalén es de obligada consulta la obra de Pere VILANOVA, *Jerusalén*, Barcelona, Icaria-CIDOB edicions, 1999.

retorno de la totalidad porque pondría en peligro la superioridad demográfica judía en Israel. En este punto parecen estar de acuerdo todos los partidos judíos del Parlamento israelí.

6. Por último, el problema del acceso y el control de los recursos acuíferos y las desigualdades en nivel de vida de las dos comunidades también son cuestiones que obstaculizan el camino de la paz, que tampoco parece posible con Siria y el Líbano.<sup>14</sup>

Y, sin embargo, la paz debería ser posible porque nos jugamos todos —no sólo árabes e israelíes— el futuro y la estabilidad del espacio mediterráneo. Quizás se ha agotado el modelo de un proceso de paz por etapas porque la frustración palestina ha desembocado en una verdadera guerra de liberación (de independencia) y, como ha propuesto recientemente Slomo Ben Ami, ha llegado el momento de la mediación-presión internacional, de la retirada unilateral de Israel de los territorios ocupados, del desmantelamiento de los asentamientos y de la proclamación del Estado palestino.<sup>15</sup> Pero, la administración Bush no parece estar por la labor y la política exterior europea carece de la decisión, de la fuerza disuasoria y de la capacidad de mediación suficientes para imponer una solución negociada que garantice la seguridad de Israel y la viabilidad de un Estado palestino soberano y autosuficiente. Además, Ariel Sharon está aprovechando que la atención mundial se centra hoy en la crisis de Irak para continuar con la destrucción de las infraestructuras de la ANP, reocupar Cisjordania, debilitar la posición política de Arafat y vencer la resistencia de la población palestina de los territorios ocupados.

---

<sup>14</sup> Las negociaciones con Siria (y subsidiariamente con el Líbano que depende de lo que haga Damasco) afectan fundamentalmente al trazado de fronteras (Damasco reclama el retorno a las fronteras de 1967, Tel Aviv propone volver a las de 1923; la diferencia es de sólo 20 Km<sup>2</sup>, que son los que dan acceso al control total del Lago Tiberiades); a los recursos de agua (el Golán representa en estos momentos una tercera parte de las reservas de agua de Israel) y a la seguridad de Israel (Tel Aviv quiere una zona desmilitarizada en los Altos del Golán y conservar una estación de vigía en el monte Hermon —2.841 metros—).

<sup>15</sup> Antoni SEGURA I MAS, «La pau necessària», *AVUI*, 4 de diciembre del 2001.